

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis, 15, 5-12.17-18): *Mira al cielo, y cuenta las estrellas.*

Salmo (26, 1bcde.7-9d.13-14): *«El Señor es mi luz y mi salvación»*

2ª lectura (Filipenses, 3, 17 – 4, 1): *Somos ciudadanos del cielo.*

Evangelio (Lucas 9, 8b-36): *¡Qué bueno es que estemos aquí!*

¿Qué ocurre cuando uno ora? Algunos dirán que nada y es posible que no ocurra nada cuando la oración se reduce a mera recitación mecánica de fórmulas aprendidas de pequeño, mientras la mente y el corazón divagan sin sentido. Orar es “*hablar con Dios*”. Por eso, decir que no pasa nada cuando se ora suele ser la opinión de los que no han vivido esa familiaridad en el trato con Dios.

En la Biblia, la tradición judeocristiana, como en muchas otras tradiciones religiosas, encontramos múltiples testimonios de que a los “grandes orantes” sí les pasaba algo o, más bien mucho. Y, nada nos induce a pensar que eso no siga ocurriendo a los orantes de otras épocas, incluida la nuestra.

En tiempos de Abraham todavía no había iglesias, ni sinagogas, ni mezquitas; no había judíos, cristiano o musulmanes; tampoco había muchas otras personas de las que solemos pensar al hablar de oración. Pero, por lo visto, ya había hombres de oración. Y Abram era uno de ellos.

Un hombre sin fórmulas aprendidas, pero con una gran apertura al encuentro con Dios. «*Un hombre de fe*», dice el Génesis. Un Dios que le sacó de su casa en Ur de los Caldeos y lo puso en camino. Un Dios que le atrajo con promesas improbables (tierra propia y descendencia numerosa), cuando no tenía más tierra que la que llevaba encima ni esperanza alguna de descendientes, a causa de las entrañas estériles de Sara.

Abram no es más que el primero de una larga lista bíblica de hombres y mujeres de oración con experiencias muy variadas, objetivos muy diversos y vocaciones dispares con resultados imprevistos. Además de Abram y Sara, encontramos a Isaac y Rebeca, Jacob y Raquel, José, Moisés, Josué, Gedeón, Jefe, Débora, Ana, Samuel, Rut, David, Salomón, Elías, Amos, Oseas, Isaías, Jeremías y un larguísimo etcétera. **¿Cómo se puede decir que no pasa nada cuando se ora?**

El proceso cuaresmal, que iniciábamos el Miércoles de Ceniza, no termina en la muerte ni encerrados en lo secreto ni en la limosna espléndida en favor de los necesitados sino en la Vida nueva de Jesús y en la de nosotros mismos.

Así lo vamos viviendo desde que nacemos en el seno de una familia que nos ayuda a descubrirnos como hijos en los cuidados que nos prestan las personas que nos quieren. Ellas nos contemplan, nos enseñan y nos muestran lo mejor que llevamos dentro de nosotros para poder desarrollarlo y compartirlo con otros hijos que son diferentes a nosotros.

Cuando empezamos a salir de casa a otras casas, a otros espacios públicos, a algún colegio vamos descubriendo que hay otros niños de nuestra misma edad, que hacen como nosotros: lloran, se ríen, se ensucian y juegan con otros; con el paso del tiempo nos alegramos por encontrarnos casi todos los días con ellos y preguntamos por ellos cuando algún día no acuden a la cita diaria.

Algunas personas hemos tenido la dicha de encontrar en la vida a un auténtico hermano entre todas las personas que vamos conociendo. Alguien con la que nos resulta enriquecedor compartir sueños, proyectos, vivencias, incluso opiniones diferentes. Para esto necesitamos salir de esas relaciones fraternas, las de casa y las de fuera, porque en ellas o nos acomodamos o estamos siempre peleando para estar por encima de los más pequeños o permanecer por debajo de los que se consideran superiores.

Jesús abandona su casa de Nazaret, primero, y posteriormente será abandonado por sus discípulos que quieren hacerlo rey, con ministros a su derecha y a su izquierda, y concluirá su vida siendo retirado por aquellos poderes que se sienten amenazados, no por alguien poderoso sino por alguien que hace una propuesta válida para todas las personas que quieren ser libres y felices y también lo quieren para todas las personas.

Jesús, solía retirarse a lugares solitarios para hacer oración. «*Jesús, subió a un monte a orar*». Sin duda, oraba en su casa y también en la sinagoga (como buen judío), pero es evidente que le gustaba el silencio de los lugares apartados, aislados del ruido cotidiano, para sumergirse en su encuentro con el Dios de la Alianza, su Padre. El Evangelista nos comenta lo que allí pasó “*mientras oraba*”. A veces, pensamos, no ocurre nada. Otras veces ocurren muchas cosas.

La «*nube*» que oculta lo que Jesús es, lo que nosotros llegaremos a ser (antes o después de la muerte) simboliza todo aquello que permanece oculto porque nos quedamos en etapas anteriores: nos da miedo ir más allá; o porque nadie nos ha comunicado que se puede traspasar el acomodo que nos tiene amodorrados y también porque alguien nos impide seguir caminando porque molestamos con nuestras hambres, nuestras cegueras, nuestras peticiones de asilo, de casa o de trabajo.